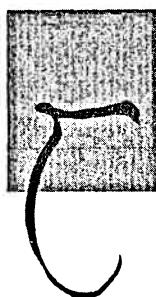


Juan Carlos Pérgolis

# La ciudad del desarraigo\*

Conversación con Olga Alexandra Rebolledo



uan Carlos Pérgolis / Hay una frase de Foucault, que tu señalias en *Las ciudades efímeras de los niños* que dice que "la semejanza impone vecindades que a su vez aseguran esas semejanzas. Se puede decir que el lugar y la similitud se entrelazan por el encadenamiento de la semejanza y del espacio; por la fuerza de esta conveniencia que avecina lo semejante y asimila lo cercano, el mundo forma una cadena consigo mismo". El desplazamiento forzado rompe esa cadena y crea nuevas relaciones entre los grupos, las personas y el territorio.

Olga Alexandra Rebolledo / El texto de Foucault, *Las palabras y las cosas* fue uno de los referentes teóricos más importantes en esa investigación. Por más antagónicos que sean los lugares, por lejos que uno esté de su lugar de origen y por mucho que haya cambiado el entorno de la vida diaria, siempre existirán similitudes, nexos evidentes o escondidos, que unen los relatos de cada uno de los espacios donde se desarrolló y se desarrolla la existencia, porque el proceso vital del ser humano es continuo, acumula recuerdos, atesora significados y aun sin darse cuenta, repite relatos para reforzar sentidos. En una de sus *Ciudades Invisibles*, Italo Calvino dice que "La memoria es redundante, repite los signos para que la ciudad comience a existir". Es un proceso que requiere tiempo, el tiempo necesario para que la repetición de signos permita el reconocimiento y, a través de él, la identidad.

J.C.P. / ¿Italo Calvino fue otro referente?

O.A.R. / Sí, Calvino, pero también Marc Augé y su discurso sobre los espacios del

\* Conversación sostenida en Bogotá en agosto del año 2002.

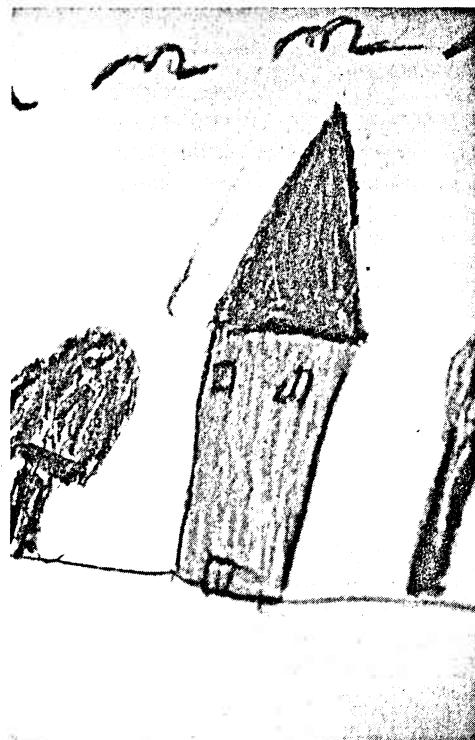
anonimato, Norbert Lechner, en particular el texto *Los patios interiores de la democracia*. Pero Calvino me mostró el método, la posibilidad de trabajar sobre relatos de ciudades imaginarias, *invisibles*; por eso la investigación y el libro se estructuraron sobre las representaciones urbanas que conforman la historia individual y colectiva de un grupo de niños y sus familias que por la violencia sufrieron el desplazamiento de sus sitios de origen y llegaron a Cantaclaro, un barrio de invasión, en la periferia de Montería. Trabajamos a través de relatos y dibujos que los niños elaboraron sobre tres categorías de ciudad: una deseada, otra que visualizan como ciudad real y aquella que por el miedo preferirían olvidar.

**J.C.P.** / ¿Utilizando el lenguaje de Calvino podríamos hablar de ciudad deseada, ciudad real y ciudad olvidada? De todos modos, supongo que los imaginarios de ciudad se habrán formado a partir de ciertas imágenes anteriores que ya tendrían en su lugar de origen, junto a las producidas por la violencia que motivó la salida de sus lugares —e intuyo, relacionadas con el miedo y el olvido— más las representaciones que elaboraron durante el desplazamiento —que puedo relacionar con el deseo— y por último, el encuentro con Montería, la ciudad real.

**O.A.R.** / Viendo las historias y los dibujos, pensamos que encontraríamos tres ciudades distintas: una ciudad *soñada*, repleta de expectativas e ilusiones, destino inalcanzable al final del camino; otra ciudad *real* a la que se le pudiera dar un nombre: Medellín, Bogotá, Montería... Creímos que la ciudad soñada tendría una identidad real. Por último, pensamos que habría una ciudad del *miedo*, el recuerdo oscuro de algún lugar donde se originó el desplazamiento. Pero solamente había una ciudad que era las tres: tres ciudades iguales, o quizás, la misma. Miremos estos apartes de los relatos, son párrafos que corresponden a imágenes de la ciudad soñada: "...Hace muchos años un primo murió, me lo mataron, tenía apenas cinco años, en esos días quedé solo, vine, me encontré con mi mamá y quedé feliz..." (Henry, 11 años); "...Un cocodrilo iba a morder al señor policía, pero el señor policía de dos disparos mató al cocodrilo..." (David, 10 años). Comparémoslos con éstos que corresponden a relatos de la ciudad

del miedo: "...Y secuestraron a dos recolectores y mataron a ocho campesinos y la familia de Carlos estaba preocupada porque su mujer había tenido un niño, estaba recién alumbrá, pero lo mataron a Carlos..." (Diana, 11 años); "...No quiero acordarme, porque no veíamos nada, estábamos solos, daba miedo..." (Dario, 8 años). Y estos últimos sobre la ciudad real: "...Le decían el gallero y vendía droga y armas y lo mataron..." (Yuris, 12 años); "Luis Fernando vivía en el monte y entonces se iba todos los días a la playa y después se conoció con una mujer e iban a la playa y se ahogó la pelá..." (Helena, 10 años).

**J.C.P.** / En los dibujos los niños representaron la ciudad como una casa (y no como un grupo de casas que sería la más fácil concepción de ciudad) y en los relatos la idea de ciudad aparece relacionada con la seguridad dentro del pequeño grupo familiar, confrontada al miedo al afuera agresivo, a los otros. Ante esto, es inevitable reflexionar sobre el futuro de la ciudad, cuando sus habitantes conformen el imaginario a partir de la relación ciudad-miedo y lo proyecten en las prácticas de sus relaciones con el territorio. Porque la ciudad como entidad social se expresa en sus espacios relationales, pluri-familiares, donde se adquiere conciencia de sí mismo a través del reconocimiento del otro, y a través de él se construye la conciencia de un nosotros. Podríamos decir que sin esa conciencia de nosotros no puede haber ciudad, porque no habría sociedad.



**O.A.R.** / Los deseos y los sueños de los niños se visualizan al mismo tiempo que sus miedos; es decir, el miedo al encuentro con el otro se traduce en el deseo de estar protegido del afuera; el otro no es deseable, es temido. Norbert Lechner, al hablar sobre el concepto de democracia, señala que ésta no depende de la igualdad de los derechos sino de reconocer al otro como necesario para un futuro común. En el caso de Belfast, cuando les pedí a los niños que se imaginaran la ciudad en diez años, aparecieron imágenes desoladoras y asociales, donde la figura humana, por ejemplo, se desvanecía en medio de líneas amorfas, y la presencia del miedo y la incertidumbre en la ciudad actual borraba la posibilidad de imaginar una ciudad sin el llanto: "...Yo estoy solo y grito y nadie me oye, de pronto vino el extraterrestre y como no vio a nadie se llevó la ciudad" (relato de un

nño

niño de 10 años). Por otro lado, también se podía observar cómo la polarización del espacio social, tan marcado en la ciudad físicamente, delimitaba las representaciones de la vida en colectivo y de las necesidades y preguntas que los niños le hacen a la ciudad. El conflicto en Irlanda marcó urbanamente las calles y los espacios públicos y, de esta manera, también la forma como se relata la ciudad, se la llena de sentido a partir de la polarización: "...Mi ciudad soñada es un castillo, donde nadie pueda entrar y yo pueda decidir quién entra y quién no..." (relato de una niña de 8 años); "...*Ellos* muchas veces tienen más acceso a la seguridad social, no sé por qué..." (fragmento de una entrevista a una mujer católica sobre el conflicto entre protestantes y católicos).

**J.C.P.** / Creo que en este trabajo subyace un llamado de alerta sobre el futuro de la ciudad colombiana, pero también sobre el futuro de la ciudad universal, porque el miedo como agente de socialización, que es una de las conclusiones que podemos extraer, niega la ciudad, el espacio de convivencia, el lugar de encuentro, comprensión y participación con el otro, porque el otro es temido, evitado o mantenido en la distancia. La perspectiva de un territorio ocupado por grupos familiares aislados, como unidades sueltas, sin relaciones entre sí es muy preocupante... porque la ciudad significa arraigo y relaciones multifamiliares...

**O.A.R.** / Pero en los dibujos de las tres ciudades del ejercicio (la del deseo, la del miedo y la real) el rasgo dominante es el desarraigo: las *casas-ciudad* que dibujaron aparecen flotando en el espacio, despegadas del territorio, con el sendero *colgando*, como el hilo de las bombas infladas para una fiesta (Emilse, 11 años; Julio, 7 años); en otros las casas navegan en la corriente de algún río (Kenya, 8 años) aunque, como característica propia de la ciudad real, las casas se muestran enmarcadas dentro de unos límites, protegidas del afuera hostil (Ruben Darío, 8 años) en una reafirmación del aislamiento que provoca la falta de espacios relacionales por fuera del grupo familiar.

El uso que se le da a la ciudad se plantea desde una mirada nómada de la misma, donde los lugares que se habitan o se desea habitar están desprovistos de identidad y podrían estar en cualquier otro sitio. Cuando le pregunté a una niña de 10 años de la zona católica de Belfast, en qué ciudad le gustaría vivir, ella respondió: "...La ciudad soñada sería un hotel, con restaurantes de hamburguesas por todos lados, para que nadie se conozca con nadie...". La violencia y la exclusión van produciendo unas nuevas formas de habitar, de relacionarse, desde el anonimato y el desarraigo.

**J.C.P.** / Estoy pensando en otra frase de *Las ciudades invisibles*: "...Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto ... de una

ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya". Quizás esa falta de respuesta sea la causante de la enorme dificultad del recién llegado para asumir la ciudad, para desarrollar los procesos de apropiación espaciales...

**O.A.R.** / Hay que tener en cuenta que el desplazado llega a la marginalidad de la ciudad. En el ejemplo de Montería, vemos que llegaron al barrio de invasión Cantaclaro; es obvio que allí no se van a satisfacer las razones mágicas que se elaboran en torno a la idea del desplazamiento, y tampoco las razones prácticas que lo llevaron a cabo; no llegaron a Montería sino a un fragmento de esa ciudad. En el caso de Belfast, cuyos habitantes no son desplazados de lo rural a lo urbano, el desplazamiento se da a la inversa, en la misma ciudad donde el conflicto ha impuesto fronteras claras y ha demarcado límites entre los *unos* y los *otros*. Existen líneas divisorias, banderas que demarcan el comienzo del territorio de los católicos o de los protestantes. Esta segmentación del espacio social también hace rupturas en las formas de representarse, habitar y narrar la ciudad. Esos elementos de polarización y exclusión dejan desprovistos de herramientas semánticas a los niños para construir un sentido en su relato y apropiarse de su realidad social. "...Afuera en el mar alguien gritó. No escuches, me dijo mi mamá. Y me dormí pero no entendí".

**J.C.P.** / Y allí es perfectamente comprensible la definición de fragmento: una parte cerrada en sí misma, que no explica ni se relaciona con ninguna totalidad, incluso, de difícil inserción en algún pretendido todo. Es obvio que Cantaclaro no es Montería, como tantos otros sitios de llegada de la gente desplazada por la violencia no son la ciudad a la que se hace referencia...

**O.A.R.** / Hay que agregar, además, el antecedente de miedo, que los lleva a entrar a hurtadillas, casi escondidos, muchas veces de noche para no ser vistos, y ahí se relacionan desde una posición de "no haber sido invitados"; por tanto "lo que me ofrezcan lo tomo", sin la posibilidad de jugar el rol de sujetos de derechos. Todo conduce a fomentar el sentimiento de *intrusos en un lugar ajeno*, que no les pertenece. Se crea una situación psicológica de *perseguido y perseguidor* que incita a una movilidad constante, un "no debo echar raíces porque en cualquier momento podría tener que irme". El recién llegado no tiene ni las herramientas ni los derechos para ejercer la ciudadanía, es decir, para encontrar los referentes de identificación en la ciudad y así elaborar su identidad. Porque los referentes que se le ofrecen están en la marginalidad y en la imposibilidad real de ejercer la ciudadanía.

**J.C.P.** / En un trabajo reciente me refería a esa ciudad de quien vive con el sentimiento de transitoriedad, de vida nómada y acontecimientos efímeros.

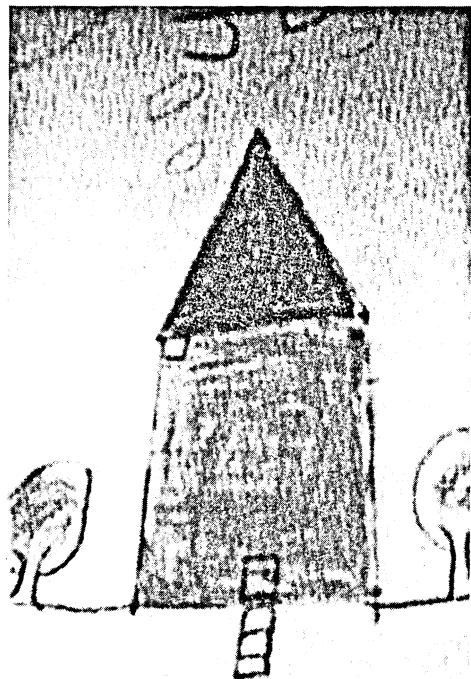
Decía que esa ciudad es imposible dentro de los conceptos que tenemos y hemos asumido en siglos de urbanismo, porque *ciudad* y *nómada* siempre fueron palabras antagónicas; el resultado es un territorio —no sé si llamarlo ciudad— que se expresa en lo arbitrario, en lo circunstancial, porque esta ciudad nómada es una creación a partir de la ciudad arraigada, de la cual toma los espacios y le da otros usos. Infortunadamente, esos usos arbitrarios en los mismos espacios de la ciudad de los arraigos constituyen la única posibilidad que se le ofrece al desplazado que llega. Entonces, tiene que vivir y tratar de asumir una ciudad que en su constante presente no tiene futuro ni pasado, ni planes, ni historia. En la ciudad nómada, en la ciudad del desarraigo, no importan las formas sino los sucesos, y éstos existen solamente mientras están ocurriendo; son apenas acciones, tan efímeras y desarraigadas de cualquier lugar como los gerundios que las expresan.

**O.A.R.** / En la experiencia de Belfast vimos otra particularidad: allá la violencia urbana, por enfrentamientos entre católicos y protestantes, induce un retorno al campo. Allá, cuando intenté que los niños dibujaran, no lograron imaginar una ciudad distinta de la que conocen; tampoco pudieron elaborar relatos sobre un Belfast futuro, por ejemplo a diez años, que es una dimensión accesible; sólo un niño hizo unos trazos y agregó un par de ojos vigilantes, no usó colores y en el relato escribió: "Grito y nadie responde, por eso, cuando un extraterrestre vio que no había nadie, se llevó la ciudad".

**J.C.P.** / ¿Cómo lo compararías con el ejercicio en Montería?

**O.A.R.** / En Montería, una niña relató una situación coincidente cuando se le pidió que narrara una historia de la ciudad donde le gustaría vivir; ella relató: "... Entraron a la tienda y me dijeron que me quedara callada porque si no me mataban y también a toda mi familia, y entonces yo me elevé mágicamente...".

Las posibilidades reales de transformar una realidad que se materializa en todas y cada una de las prácticas sociales, en los rincones y esquinas de la ciudad como un referente au-



sente de la necesidad del otro, son desviadas a lo mágico y lo mítico.

**J.C.P.** / Una vez más se evidencia la destrucción de la idea de comunidad y la búsqueda de refugio en el más cercano y reconocido entorno familiar, con la consecuente dificultad para relacionarse, aunque sea, reconocer los elementos significantes del entorno comunitario. En el caso de la ciudad, esos elementos serían los que conforman la secuencia entre lo privado y lo público, que es la base de los procesos de apropiación y pertenencia a la ciudad.

**O.A.R.** / En el medio rural no existen esas fronteras; los límites físicos están muy definidos (mi tierra, la tierra del vecino, etc.) y no hay territorios "de la comunidad". Lo colectivo aparece en otro tipo de espacios y en una escala social muy reducida: me refiero a las transacciones, a las relaciones personales, a la tradicional confianza en todo lo que tenga un nombre que permita identificarlo. La vida en la ciudad implica moverse en espacios de nadie e interactuar con otros iguales pero anónimos; los saberes de lo rural, los códigos de relación son otros y muchas veces, al intentar hacer el proceso cognitivo-social de las representaciones sociales, no se encuentran similitudes o familiaridades para apropiarse de eso desconocido que es la ciudad.

**J.C.P.** / Sin duda, estamos ante una articulación que está transformando el territorio nacional, que hasta ayer veíamos sembrado de ciudades y pueblos, en un contexto básicamente rural, pero que ahora constituye el continuo de un modo de vida urbano, porque la realidad de las relaciones así lo impone. Es una situación inédita que exige tanto respuestas espaciales como comportamientos nuevos para que la señal que dejemos, como generación, no sea el resultado de infinitos individualismos, sino la señal colectiva de la ciudad en la que queremos vivir y dejar para las generaciones venideras. En esta ciudad, que por sus características está presente en toda Colombia, el otro es el coprotagonista, porque hoy nada ni nadie queda por fuera de los hechos cotidianos: nunca en el país, tanta gente, de una sociedad tan compleja, fue partícipe de la historia π